

Pilar González Bernaldo de Quirós, Marianne Amar y Marie-Claire Lavabre (dirs.), 2020. *Migraciones y Museos. Una aproximación global*. Rosario: Prohistoria Ediciones. 194 p.

5

Este texto, dirigido por reconocidos especialistas, representa un grato encuentro especialmente entre historiadoras, antropólogos y filósofas de uno a otro lado del Atlántico. Es un esfuerzo significativo y de reflexión substancial sobre la problemática museística y (mucho más) sobre las políticas que admiten, ocusionan e invaden la memoria y la historia. Una de las tantas sorpresas del libro es su foto de portada: tres caciques, –Truquel Saihueque, Manuel Milláu, Emilio Prane– y Juan Ramírez, alojados en el Hotel de Inmigrantes en Buenos Aires hacia 1935 abren provocativamente esta apuesta. La imagen de los cuatro, con ropas de paisanos, es en sí misma un recuerdo y una impronta de quienes somos (los argentinos), al margen de nuestro lugar de origen étnico y nacional, y sobre las dimensiones múltiples y complejas de la identidad, concepto elusivo que se intenta representar en instituciones como los museos de inmigración.

La introducción, a cargo de Pilar González Bernaldo de Quirós, advierte que, a pesar de discursos sobre la multiculturalidad, en el siglo XXI existe una cierta hostilidad hacia estos museos, en la medida que en Europa y en América –por nombrar algunos de los continentes con mayor número de inmigrantes–, se constituyen como espacios de exhibición donde confluyen y luchan las memorias sobre la historia nacional. Mientras los migrantes

de las excolonias y otros nuevos se rechazan de una y mil maneras en Francia, difícilmente sea posible “agregarlos” en los museos sin ejercer otras violencias, en pos de una intencionalidad aditiva pero a la vez acrítica. Y lo mismo sucedería con el ejemplo de la exclusión afroamericana y los nuevos migrantes latinos en Ellis Island, en Nueva York, o en el caso argentino. Es evidente que las instancias de conquista y expulsión de las poblaciones nativas en el XIX en distintos países y la marginación y pobreza a que se han reducido sus descendientes no permiten un diálogo a la vez productivo y respetuoso sobre su pasado.

*Migraciones y Museos* incorpora una perspectiva global no sólo en su título; las páginas denotan la preocupación de las directoras por la elaboración a escala nacional y supranacional de la visibilidad de los excluidos, partiendo incluso de relatos individuales que indican partidas y llegadas, en un mismo y complejo proceso que une encuentros e incertidumbres. No sólo la empatía alcanza entonces para visibilizar a la población migrante como parte de las sociedades nacionales, situación que se advierte en el conflicto permanente en que se fraguan las muestras y guiones museales. El texto, dividido en tres partes, inicia con las palabras de Marie-Claire Lavabre donde se reflexiona sobre la relación afectiva que cargan

los recuerdos y llevan a un permanente “turismo de la memoria”; la operación de “patrimonializarlos” en un museo les insufla una tensión según la cual las políticas simbólicas no alcanzan para saldar las deudas con los más pobres y desprotegidos, obligados a migrar. En ese ejercicio, pasado y presente se miran adversamente y el paradigma de la integración sigue siendo un discurso vacío, hasta antipático, por la imposibilidad de realización. Mónica Lacarreu vuelve sobre las controversias políticas en “Construir la memoria de la inmigración a través de un museo”, con el examen de las muestras de diferentes instituciones donde toma forma lo que da en llamar, muy acertadamente, lo “cotidiano normalizado”, ese cúmulo de aspectos corrientes que se colocan en vitrinas para indicar estéticamente las vidas de familias enteras que cambian rumbos y territorios. Catherine Wenden de Whitol cierra esta sección, a partir del análisis de las memorias construidas “desde abajo” en museos tan diversos como los de Francia, Estados Unidos y Australia. En los franceses, se despliegan tanto el intento de incorporación como la negación y el olvido, en relación con aquellos que llegaron como trabajadores manuales empobrecidos desde Senegal, Portugal y España o los mismos connacionales que viajaron para incrementar sus negocios a México. Las migraciones, vistas como cadenas con dos puntas, son también una difícil intersección de dolorosos momentos colectivos y no sólo de epopeyas de partidas; en los museos conviven los campos de refugiados republicanos con las demostraciones de migraciones exitosas propias del sueño americano cumplido.

La segunda parte presenta al museo como instrumento de políticas simbólicas. Los aportes de Dominique Poulot integran un interesante análisis sobre estas instituciones en Francia. A diferencia de los museos “clásicos” (por ejemplo, los de arte), los de migraciones tienen a su cargo la enorme labor de tipificar la historia nacional y articularla con la moral, individual y colectiva, pero se instalan en sitios periféricos de las ciudades, alejados de los circuitos turísticos. La noción de “crisol”, tan afín a la historiografía de las migraciones y aplicada a rajatabla en las muestras, no termina de convencer a los visitantes, al entrar en contradicción con el solapamiento de las realidades de poblaciones marginadas más allá de los muros. A manera de comparación en un sustrato latinoamericano, se despliega el sugerente estudio sobre el Museo de Inmigración de Buenos Aires como expresión de una memoria épica, a cargo de Pilar González Bernaldo de Quirós. A través de la historicización de las peripecias para su fundación e instalación, surgen las indecisiones y retrasos de las políticas públicas de la memoria en Argentina, cruzadas en los relatos sobre las presiones por múltiples etnicidades de las migraciones masivas y las nuevas y traumáticas memorias recientes. La noción fértil de “memorias rivales” está en el trasfondo de esta minuciosa recuperación del modo en que los museos son parte central de un constructo mayor, donde las intenciones a veces naufragan por el carácter intermitente del compromiso oficial para dar cabida al pasado.

La tercera parte del libro incorpora “Relatos en tensión”, donde transitan las escalas de llegada y de partida, desde el indivi-

duo, la familia, las comunidades laborales y territoriales y las nacionales hasta las de toda la humanidad. A través de la hipótesis de Claude Lévi Strauss de una “historia caliente”, y transformadora, contra una “historia fría”, donde se estudian acontecimientos sin cambios, Sophie Wahnich desarrolla las dificultades de elaborar una narración museal estable en la que los acontecimientos de un candente presente le impriman una lógica diferente, ante la imposibilidad de aceptación del/los otro/s. Por eso, el museo de la inmigración se define, paradójicamente, como un espacio ético y político inexistente y a construir. En ese marco planteado sobre los usos del pasado, el capítulo a cargo de Julio Esteban Vezub describe los museos históricos galeses de Gaiman, Trelew y Puerto Madryn a través de las sucesivas apropiaciones provinciales de la “cuestión galesa”, aunadas a lo tehuelche y chubutense. En este ejercicio, enmarcado en la Patagonia argentina, se impone trabajosamente la figura del pionero y del indígena históricamente opuestos pero compatibles en el relato museal, borrando episodios históricos “confusos” donde demarcar las contradicciones y en pos de proyecciones políticas y turísticas. Finalmente, el trabajo de Alicia Bernasconi pone en circulación las posibilidades de fuentes existentes en Argentina de gran riqueza heurística,

tanto bajo sus potenciales cuantitativas como en relación a testimonios biográficos. La variabilidad de la misma caracterización de “extranjero” subyace a quienes son parte de las migraciones ultramarinas y admite muchas interpretaciones, según las cuales la nacionalidad no está simplemente dada y requiere, a su vez, múltiples reconstrucciones que nos dan pie para reflexionar sobre países y fronteras.

Para terminar, este abanico de textos fundamentales sobre los museos de inmigración en Francia, Argentina y otros espacios de este mundo globalizado desde hace mucho tiempo, lo es también sobre las memorias y, más allá, sobre las complejidades de su abordaje. El dispositivo cívico-pedagógico del museo, en boga desde el siglo XIX, es también una empresa endeble, que depende aún en naciones desarrolladas, y mucho más en aquellas que están en permanente zozobra, del vaivén burocrático-administrativo y financiero estatal, de las presiones y afanes de asociaciones y organizaciones sociales y de las expectativas de muchos y muchas sobre qué y cómo decir la narración del pasado. De esta manera, se inscriben y sacuden, una y otra vez, las memorias colectivas que dividen lo nacional y requieren, por lo tanto, de una reflexión para conectar, aún conflictivamente, las historias de tantos y tantas a nivel global.

*María Silvia Di Liscia*

Universidad Nacional de La Pampa /  
CONICET